

El absentismo crece desde la pandemia por compaginar las clases con un empleo o tener acceso a más recursos digitales, según la Fundación CyD

Sillas vacías en la universidad

P. ALEMANY / S. CASTRO, Madrid
El absentismo en las universidades es un fenómeno cada vez más habitual. El problema no es nuevo, pero se ha acentuado desde la pandemia, cuando se suspendieron las clases presenciales durante varios meses para evitar los contagios. Desde entonces, el descenso de la presencialidad ha sido "notable", según un informe de la Fundación Conocimiento y Desarrollo (CyD), publicado a mediados de diciembre. La necesidad de compaginar los estudios con el trabajo, las facilidades para encontrar la información en línea o la falta de motivación forman parte del cóctel de motivos expresados por el alumnado que agravan esta tendencia.

El alumnado, que se tuvo que adaptar a marchas forzadas un nuevo modelo, comprobó los beneficios que ofrecía y parte de él se resiste a abandonarlo. Por ello, el informe alerta de que "en muchas universidades presenciales se ha observado después de la pandemia un notable aumento del absentismo" y plantea la relación que "parece haber tenido" con un peor "desempeño académico del estudiantado".

Compatibilizar los estudios y el trabajo es una opción ejercida

por una de cada cuatro personas de entre 16 y 29 años que siguen formándose, según los datos del segundo trimestre de 2023 recogidos por el Ministerio de Trabajo y Economía Social. José Durá forma parte de este grupo. Compatibiliza la carrera de Lenguas Modernas con un trabajo a media jornada en atención al cliente. "Hay días que llego a las 23.00 a casa y, entre que cenó y todo, se me hace muy tarde, por lo que algunas veces me salto la primera hora", relata, aunque incide en que procura ir siempre que puede.

Coincide con Durá una estudiante de 25 años de la Universidad de Valencia, que prefiere no dar su nombre, y que empezó a trabajar hace tres años para costearse sus gastos. Con un horario de media jornada en un bar, cuenta, hay días que necesita descansar y se pierde alguna clase que considera "más sencilla". "Consigo sacar las asignaturas gracias a la colaboración de mis compañeros, que me pasan apuntes y me avisan de cualquier novedad. También cuento con la ayuda de algunos profesores, que suben todo el material al aula virtual", explica la estudiante tras criticar la falta de empatía de otros docentes que exigen presencialidad.



Escuela Superior de Ingeniería de la Universidad de Sevilla. / P. PUENTES

Una de las claves para decidir si se acude o no a clase es la facilidad con la que se pueden encontrar los apuntes en internet. Existen varias vías. Marta Gregori, estudiante de 22 años en la Universidad Politécnica de Valencia, cuenta que hay una aplicación en la que se pueden buscar resúmenes de "prácticamente cualquier asignatura". "En Wuolah, los estudiantes de años anteriores suben

sus apuntes. Solo te tienes que registrar para poder descargarlos", explica Gregori, que protesta por la falta de actualización de las presentaciones de Power Point de algunos de sus profesores, aunque dice que estos son minoría. Aunque es una queja compartida por la media docena de entrevistados.

La escasa renovación por parte del profesorado está relacionada con la falta de motivación en

algunas de las sesiones. Laura, estudiante del grado de Internacional Business en Valencia, explica que si no tuviera asistencia obligatoria faltaría a alguna clase por el escaso dinamismo. Si al bajo interés se le suma una larga distancia hasta la facultad, las probabilidades de mantener la presencialidad se reducen más. Es lo que le ocurre a Sergio Guerra, estudiante del grado de Animación en la U-Tad de Madrid. Vive a unos 50 kilómetros de su escuela, ubicada en Las Rozas y tarda unas cuatro horas en ir y volver en transporte público "siempre y cuando no se retrase", comenta.

El informe referencia una preferencia por la formación híbrida, no contemplada en las facultades presenciales, pensadas para que los jóvenes se formen con el trato humano. Pero la vida social en el campus no parece ser la misma de antes. "La Universidad como cuna del pensamiento crítico se nutre de la diversidad y la interacción cercana entre los compañeros", explica Ana Baena, que cursa el máster en Altos Estudios Internacionales y Europeos de la Universidad de Granada. En el año 2007 se aprobó el real decreto que reorientó la enseñanza universitaria para adaptarla a la normativa europea. El Plan Bolonia busca potenciar trabajos prácticos y una asistencia regular a clase para fomentar la participación. Aumentó el tiempo de clase, antes eran 720 horas lectivas por curso y ahora llegan hasta 1.800, los profesores pasan lista, restan puntuación en las notas finales por faltas injustificadas y mandan tareas para hacer en casa con más frecuencia. Ahora, por unos motivos u otros, cada vez son más los alumnos los que no quieren dejar de ir a todas las clases, pero sí piden que la universidad se adapte a la realidad de cada uno.